

Cuando la felicidad adquiere ribetes inmorales

La vida humana responde por un ida y vuelta con el mundo, un mundo siempre avasallante por la riqueza significativa que posee en la infinitud dispersa de sus entidades, y, ante la cual, cada sujeto, al expresarla (o traducirla), expone su propia historia derivada del medio socio-cultural donde ha vivido y de cómo éste lo fue moldeando (o modelando) para desentrañar ese mundo circundante y necesariamente culturalizado.

La mayor parte de los seres humanos a medida se van instalando en ese mundo (“necesariamente culturalizado”) para vivirlo (y comprenderlo) proceden a revertirlo (o reducirlo) a su esquema de valores, a sintetizarlo, la mayor parte de las veces a partir de: una ideología política o religiosa (o político-religiosa) determinada y, de esta manera, convertir-reemplazar la “comprensión”, por - en una acción judicativa.

Pero el medio socio-cultural si bien puede ir cambiando con el transcurso histórico, y, a la vez, permanecer en sus esquemas básicos, encuentra, entre sus componentes seres particulares que recepcionan esos valores acorde a sus propias características individuales, aunque, casi siempre masificadas-aplastadas por el medio, donde entran a jugar circunstancias más reducidas como la familia, el círculo de afectos, la profesión y la coyuntura de su personalidad, determinada/posibilitada, a su vez, por una estructura fisiológica, temperamento y flujos inconcientes entrechocando con su racionalidad, entre los más decisivos.

De aquí se desprende el vínculo con los demás, también habitantes de ese mundo multifacético que requiere comprender, incluida, en ese requisito, la voluntad comprensiva ajena. En dicha vincularidad prevalecen dos órdenes complementarios de aptitudes-actitudes, unas racionales, otras emotivas, en una constante relación dialéctica entre sí.

Mundo físico y habitantes desfilan ante el sujeto cuya percepción se encuentra determinada/posibilitada por esa personalidad aludida, siempre adjunta a su medio, y, su respuesta siempre se encontrará dirimida entre los siguientes factores: indiferencia, menosprecio, admiración, miedo, desprecio, respeto escrupuloso, ansias de corrección, entre los habituales, y, como resultantes por momentos extremos, el sube y baja entre amor y odio como respuesta activa ante lo percibido.

El amor y el odio son sentimientos que despiertan los sucesos y/o personas a ellos asociadas, sentimientos ubicados en personalidades que las matizan con esperanzas, resquemores, resentimientos, orgullos, vanidades, envidias y otras funciones psíquicas en permanente entrecruce con las características anteriores. Ubicados entre esos sentimientos el temple anímico de la alegría subitánea, y la felicidad, de mayor extensión temporal en el sujeto, manifiestan sus reacciones ante los fenómenos que los afectan.

Considero la siguiente tipificación de la alegría, no la visualizo monovalente sino todo lo contrario, ella despierta en el ser humano al menos por tres motivaciones distintas, una, no necesariamente la primera, competitiva, que habrá de emanar de las pequeñeces cotidianas inscriptas en la vida diaria, el trajín de las obligaciones, el esfuerzo por mantener el nivel de vida, las habituales zancadillas sorteadas con éxito dispar en los ámbitos laborales ... así, a partir de la estadía en semejante paisaje que impide tregua alguna a sus transeúntes, exaltarse por una victoria obtenida por el equipo favorito gracias a un simple evento deportivo o burlarse agriamente de los vencidos hasta el júbilo indescriptible de las multitudes celebrando, en las calles, acontecido el final de alguna guerra, del país o la facción política quebrada por las fuerzas propias, con la siguiente actuación de los protagonistas: a mayor el llanto por la

humillación y pérdida de vidas y de bienes mayor la risotada y el desmedido orgullo de los favorecidos por algún traspie de la fortuna.

Otra, tampoco, necesariamente, la segunda, perversa, emanada de una ufanía (conciente o inconciente), ante cualquier tipo de malestar ajeno, donde entran en acción todo tipo de bajezas morales, a veces intermediente o confundida con la anterior, donde los roles principales lo presentarán la envidia y el resentimiento; se trata de una alegría enfermiza que, mide la altura de lo ajeno en correspondencia con la sombra propia, una alegría inescrupulosa que estalla en carcajadas silenciosas ante el fracaso de la otredad molesta y lo festeja como si fuera un éxito obtenido por el enclenque portador de semejante miasma.

Y un tercer tipo de manifestación de este estado de ánimo, el de la alegría realmente genuina y meritoria, nacida de una interioridad que logra un triunfo personal aspirado desde hace tiempo, encuentra el amor que colma sus deseos, experimenta la presencia de su Dios en la dicha tanto como en la desgracia, ilumina la visión con los colores de un cuadro que lo maravilla, bendice su audición con la música del órgano o de la mañana tumultuosa de aves y posibilidades, resuelve un teorema indescifrable, sana un enfermo terminal o exculpe una elegía a la vida que solloza en el recién nacido ...

En síntesis y cierre provisorio: la existencia humana excede en su riquezas conceptos que la clarifican, por momentos hasta el extremo de empobrecerla, la alegría es uno de ellos, como muchos conceptos expresados a diario suele reducirse significativamente , y, acaso sin pretenderlo el entendimiento, designar fenómenos *parecidos* aunque realmente opuestos. Labor del pensar es indagarlos y encontrar las fisuras que los muestren en una desnudez con apenas vestigios de algún ropaje que los cubriera apenas.

Carlos Enrique Berbeglia
Mes de la primavera, 2019

“Estética de las controversias en la persistencia del mal” Séptimas Jornadas del Grupo A.L.E.G.R.Í.A. Martes 8 de octubre, SADE